

No le gustaba al Gobernador comprometer á sus legionarios en tal servicio, para el cual bastaban los soldados del Templo ó los esbirros del Sanhedrin; pero les recordaba discretamente que quería ver observadas las disposiciones reglamentarias tocantes á la materia. Ese *sicut scitis* es á la vez despreciativo y amenazador, haciéndoles responsables de lo que pueda ocurrir. Por segunda vez se lava Pilatos las manos, repitiendo: «Es cosa vuestra.»

Se marcharon, pues, poco satisfechos, pero tanto más decididos á dejar frustradas las predicciones del Profeta. Establecieron alrededor del sepulcro una verdadera fuerza, según frase del Evangelio; las juntas de la puerta fueron selladas con el sello oficial; y centinelas colocados en las cercanías, en el barranco y en la colina, tenían la consigna de impedir el acceso á quienquiera que pretendiera acercarse<sup>1</sup>. Tomadas estas precauciones, sonrieron con la sonrisa del triunfo. «Galileo, ahora ya puedes dormir en paz. Nada vendrá á turbar tu sueño hasta el tercer día, después del cual quedarás muerto como todos los muertos, aun en el espíritu de los más ilusos. No has podido bajarte de la cruz; tampoco sabrás salirte del sepulcro, cuyo eco no repetirá siquiera tu grito de la cruz: «Dios mío, ¿por qué me habéis abandonado?»

Si ellos hubieran visto con claridad en las Santas Escrituras, se habrían acordado de la palabra del Salmista hablando en nombre y como figura de Cristo: «Mi carne reposará en la esperanza, porque Vos, ¡oh Dios mío!, no abandonaréis mi vida bajo el yugo de la muerte; no permitiréis que vuestro Santo experimente el horror de la corrupción<sup>2</sup>.»

<sup>1</sup> MATTH., XXVII, 63: «Illi autem abeunt, *munierunt sepulcrum, signantes lapidem, cum custodibus.*»

<sup>2</sup> PSALM., XV, 10: «Caro mea requiescet in spe; quoniam non derelinques animam meam in inferno, nec dabis sanctum tuum videre corruptionem.»

## CAPITULO III

## LA RESURRECCIÓN.

Post tres dies resurgam.

MATTH., XXVII, 63.

Non est hic: surroxit enim sicut iudixit.

MATTH., XXVIII, 6.

Quid queritis viventem cum mortuis?

LUC., XXIV, 5.

Mientras duraba el sábado, las santas mujeres estaban retiradas en sus casas<sup>1</sup>, compartiendo las largas horas de aquel día entre las prácticas piadosas y los recuerdos dolorosos de lo que había pasado. Tenían prisa de recobrar su libertad para ocuparse en lo que habían de hacer en obsequio del Maestro sepultado. Tan pronto como las estrellas anunciaron el fin del día, se apresuraron á comprar los aromas y perfumes conque deseaban embalsamar el cuerpo<sup>2</sup>, porque no estaban satisfechas del apresurado embalsamamiento que dirigieron Nicodemo y Joseph. Para ellas, Jesús había muerto con la muerte común á todos los hijos de los hombres, y el pensamiento de la Resurrección, tantas veces predicha, no les venía siquiera á la memoria. Su cuidado único era dar el último tes-

<sup>1</sup> LUC., XXIII, 56: «Et revertentes paraverunt aromata et unguenta: et sabbato quidem sibiervunt secundum mandatum.»

<sup>2</sup> MARC., XVI, 1: «Et quum transisset sabbatum, Maria Magdalene et Maria Jacobi et Salome emerunt aromata ut venientes ungerent Jesum.»

timonio de amor al que las habria dejado para no volver, y tenian prisa de hacerlo agujoneadas por una impaciencia cuyo origen no conocian.

Así es que, desde la mañana, apenas apuntaba el alba <sup>1</sup>, se fueron camino del Calvario, guiadas por la Magdalena, siempre la primera y la más ardorosa en el servicio del divino Amigo. Lo que las preocupaba mucho era el medio de abrir el sepulcro: «¿Quién nos quitará la piedra?» <sup>2</sup>, decian recordando las dimensiones del bloque puesto delante de la puerta por los brazos vigorosos de los criados de Joseph. Ignoraban evidentemente la medida tomada por los sacerdotes, y la presencia de guardias en el sepulcro, lo cual se explica por el retiro que habian guardado durante el sábado.

Pero sus preocupaciones debían cambiar pronto de objeto. Una conmoción violenta agitó la tierra como la antevispera <sup>3</sup>. Pareció que el rayo visitaba el jardín del Sanhedrita, y casi en seguida vieron hombres que regresaban á la ciudad tan azorados como ellas: eran los guardias del Gran Consejo á quien el terror arrojaba del puesto que se les habia confiado.

En el momento en que tembló la tierra, el Señor habia salido del sepulcro: un ángel, que apareció al punto, habia volteado la piedra y estaba sentado sobre ella. Era su vestido blanco como la nieve, y su frente estaba radiante como el brillo del relámpago <sup>4</sup>. Anonadados los

<sup>1</sup> MATH., XXVIII, 1: «Vespere autem sabbati quæ lucescit in prima sablati».—LUC., XXIV, 1: «Valde diluculo».—JOANN., XX, 1: «Quum adhuc tenebræ essent.»

<sup>2</sup> MARC., XVI, 3: «Et dicebant ad invicem: Quis revolvit nobis lapidem ab ostio monumenti?»

<sup>3</sup> MATH., XXVIII, 2: «Et ecce terræ motus factus est magnus.»

<sup>4</sup> Id., *ibid.*: «Angelus enim Domini descendit de celo, et accedens revolvit lapidem et sedebat super eum. Erat autem aspectus ejus sicut fulgur, et vestimentum ejus sicut nix.»

guardias, no habian recobrado el sentido sino para echarse á huir desafortadamente <sup>1</sup>, sin reconocer á las mujeres, como éstas no los habian conocido á ellos.

Pero se iba restableciendo la calma en la naturaleza, y los amigos de Cristo penetraron en la cerca. Á algunos pasos yacia la piedra <sup>2</sup>, quedando abierta la puerta del sepulcro: no les cabia duda: la sepultura habia sido violada por manos sacrilegas. Sin más ni más, la Magdalena, aturdida, corre á casa de Juan, con quien se encontraba Pedro, y exclama:

«¿Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto!» <sup>3</sup>.

Al punto Pedro y Juan se dirigen corriendo hacia el Calvario <sup>4</sup> seguidos de la Magdalena, presa de la más violenta agitación. Como era algo considerable la distancia, debió de transcurrir un rato hasta que los discípulos llegaron al jardín, lo que dió lugar á que el sol se asomara por el horizonte <sup>5</sup>.

En este intervalo aconteció un incidente maravilloso. Maria Salomé y Maria Jacobe habian llegado al sepulcro y penetrado en el vestibulo para examinar el atentado cometido contra el Señor; pero quedaron deslumbradas por la claridad que habia dentro; el temor las retuvo en el umbral, desde el cual veían dos ángeles sentados en las extremidades del banco funerario, y resplandecientes con sobrenaturales fulgores. Ellas se cubrieron el rostro

<sup>1</sup> MATH., XXVIII, 4: «Præ timore autem ejus exterriti sunt custodes et facti sunt sicut mortui.»

<sup>2</sup> MARC., XVI, 4: «Et respicientes viderunt revolutum lapidem.»

<sup>3</sup> JOANN., XX, 2: «Tulerunt Dominum de monumento et nescimus ubi posuerunt eum.»

<sup>4</sup> Id., XX, 3-4.—Desde el sepulcro del Señor á la casa de Juan en el monte Sión hay unos quinientos metros; la Magdalena debió recorrer dos veces esta distancia, primero sola y después con los dos Apóstoles.

<sup>5</sup> MARC., XVI, 2: «Valde mane una sabbatorum.... orto jam sole.»

y se arrodillaron para evitar, según el consejo de la Escritura <sup>1</sup>, esta visión peligrosa hasta para la vida. Uno de los ángeles, el que estaba sentado á la derecha, habló y dijo:

«No temáis. Sé que buscáis á Jesús Nazareno el crucificado. Ha resucitado: no está ya aquí. Ved el lugar en que le habian puesto. Id pronto, y decidle á Pedro y á los discípulos: irá delante de ellos á Galilea: allí le veréis conforme os lo habia predicho <sup>2</sup>.»

Llenas de terror y de gozo se apartaron las dos mujeres sin saber qué hacer, y al principio no obedecieron la orden de los ángeles <sup>3</sup>. Tal vez, no sabían dónde estaba Pedro ni á quién debieran acudir á falta de él. El resultado es que las volveremos á encontrar bien pronto en compañía de las otras santas mujeres volviendo al jardín, sin duda para ver otra vez á los mensajeros del cielo y oír de nuevo la noticia cierta de la Resurrección.

Acababan de marcharse, cuando apareció Juan seguido de Pedro, que por su edad, y quizá también por los remordimientos, caminaba más despacio. Llegado al vestíbulo, el Evangelista se inclinó á mirar por curiosidad, aunque sin entrar, por miramiento al jefe del Apóstolado, y vió en el suelo los lienzos: pero no estaban los ángeles. Entró Pedro y detrás Juan, y ambos comprobaron que los sudarios habian sido plegados y juntados con cuidado, excepto el que habia tenido sobre la cabeza que es-

<sup>1</sup> DEUT., V, 25.—JUDIC., XIII, 22.

<sup>2</sup> МАТТ., XXVIII, 5: «Nolite timere vos: scio enim quod Jesum, qui crucifixus est, quaeritis. Non est hic: surrexit enim sicut dixit. Venite et videte locum ubi positus erat Dominus».—MARC., XVI, 7: «Ite et dicite discipulis ejus et Petro quia praecedet vos in Galilaeam: ibi enim videbitis, sicut dixit vobis.»

<sup>3</sup> MARC., XVI, 8: «At illae exeuntes fugerunt de monumento: invaserat enim eas tremor et pavor, et nemini quidquam dixerunt: timebant enim.»

taba aparte <sup>4</sup>. Nada podia dar idea de un robo; el muerto se habia quitado por si mismo la sábana, sin precipitación, como quien despierta tranquilamente y arregla su cama antes de tomar el camino de su viña ó su campo.

Fué para ellos un rayo de luz. Juan vió y creyó <sup>5</sup>, según dice él mismo; Pedro quedó abismado de admiración <sup>6</sup>; y ambos se volvieron á casa <sup>7</sup> sin pensar más en buscar el cuerpo de Aquél que ya sabian habia resucitado. Ellos no necesitaron del testimonio de los ángeles, y ciertamente convenia que la fe del Principe de los Apóstoles, y del discípulo predilecto, fuera excitada por las palabras del Maestro y no por las de sus mensajeros. Se habia acordado de la profecía que anunciaba la Resurrección, y sin comprender aún todo su alcance, no por esto dejaba de entusiasmarse de alegría al verla realizada <sup>8</sup>.

La Magdalena no habia llegado todavía á este punto; habia dejado á los dos discípulos en sus investigaciones, después en sus meditaciones, sin parar mientes en ellos, al parecer: cuando se marcharon, ella se quedaba <sup>9</sup>, sin ver nada más que la piedra quitada de su sitio, sin pen-

<sup>4</sup> JOANN., XX, 3-7: «Exiit ergo Petrus et ille alius discipulus et venerunt ad monumentum. Currebant autem duo simul, et ille alius discipulus praecurrit citius Petro et venit primus ad monumentum. Et quum se inclinasset, vidit posita lineamina, non tamen introivit. Venit ergo Simon Petrus sequens eum, et introivit in monumentum, et vidit lineamina posita, et sudarium quod fuerat super caput ejus, non cum lineaminibus positum sed separatim involutum.»

<sup>5</sup> Id., XX, 8: «Vidit et credidit.»

<sup>6</sup> LUC., XXIV, 12: «Abit secum mirans quod factum esset.»

<sup>7</sup> JOANN., XX, 10: «Abierunt ergo iterum discipuli ad semetipsos».— Parecian haber permanecido aparte, y haberse reunido á los otros Apóstoles durante la noche (LUC., XXIV, 33).

<sup>8</sup> Id., XX, 9.—Cf. FOUARD: *Vie de N.-S.*, t. II, p. 408. nota 4.

<sup>9</sup> S. GREGOR.: *Homil. XXV in Evang.*: «A monumento Domini, etiam discipulis recedentibus, non recedebat: exquirebat quem non invenerat: fiebat inquirendo, et amoris sui igne succensa, ejus, quem ablatum credidit, ardebat desiderio.»

sar en nada más que en buscar el cuerpo desaparecido. Apoyada en las jambas de las puertas, con la mirada fija en el vacío, lloraba amargamente <sup>1</sup>. Llorando seguía, cuando se inclinó y miró el sepulcro <sup>2</sup>: los dos ángeles estaban allí visibles y la dijeron:

—«Mujer, ¿por qué lloras?»

—«Porque se han llevado á mi Señor y no se dónde le han puesto <sup>3</sup>.»

¿Tenía conciencia de la visión angélica? Todo hace creer que no: en su concepto le hablaban dos hombres, que no conocían el secreto de su ansiedad, y seguramente no podrían hacer nada por ella <sup>4</sup>. Así vemos que se vuelve inmediatamente al ruido de pasos que se acercaban; era el mismo Jesús, de pie á poca distancia. Ella no le reconoció <sup>5</sup>, ó porque él lo quiso así, ó porque ella continuó dirigiendo por los alrededores sus ojos arrasados en lágrimas con la esperanza de encontrar lo que buscaba. Y dijo Jesús:

—«Mujer, ¿por qué lloras? ¿Á quién buscas?»

Á esta pregunta que ya le habían hecho los dos huéspedes del Sepulcro, Magdalena no vió sino un tercer desconocido, cuyo aspecto le importaba poco, pero que podía ser el guardián de aquella finca, quien, al pregun-

<sup>1</sup> «Stabat, dice ORIGENES, et circumspiciebat si forte videret quem querebat.»

<sup>2</sup> JOANN., XX, 11: «Maria autem stabat ad monumentum foris plorans. Dum ergo fleret inclinavit se et prospexit in monumentum.»

<sup>3</sup> Id., XX, 12-13: «Vidit duos angelos... Dixerunt ei: Mulier, quid ploras?»

<sup>4</sup> Id., XX, 13: «Quia tulerunt Dominum meum et nescio ubi posuerunt eum.»

<sup>5</sup> LANDULFO, *Vita Christi*, II pars, c. LXXII, 2: «Illa putans eos interrogare quasi nescientes et non angelos esse sed homines, etc.»

<sup>6</sup> JOANN., XX, 14: «Conversa est retrorsum et vidit Jesum stantem: et non sciebat quia Jesus est.»

<sup>7</sup> Id., XX, 15: «Mulier, quid ploras? Quem queris?»

tarla qué buscaba allí parecía afirmar su derecho de vigilar y averiguar. La voz de Magdalena tomó entonces un tono de súplica, humilde á la vez y apasionada, para responderle:

—«Señor, si vos le habéis quitado de aquí, decidme dónde le habéis puesto, y yo me le llevaré <sup>1</sup>.»

¡Hermosa ilusión del amor, que lo cree posible todo desde que se trata de servir al amado! Y sus ojos continuaban registrando la sombra aún espesa bajo los árboles y las rocas.

—«¡Maria!»—dijo con tono pausado el hombre á quien ella no miraba.

Illuminóse entonces su frente; estremecióse todo su ser, doblaróse en tierra sus rodillas, mientras con voz ahogada exclamaba:

—«¡Maestro!» Pues era él, y quería ella abrazarlo como para impedir que se le desapareciera otra vez. Pero Jesús rechazándola con un gesto lleno de dulzura, la dijo:

—«No pretendas tocarme, pues no he vuelto aún al seno de mi Padre; mas véte á mis hermanos, y diles: Me voy con mi Padre y vuestro Padre, mi Dios y vuestro Dios <sup>2</sup>.»

«Así (dice el P. Lacordaire), en este momento solemne de la Resurrección del Salvador.... no es á su Madre á quien Jesús se aparece primero; no es á San Pedro, el fundamento de la Iglesia y el pináculo de la Teología; no es á San Juan, el discípulo muy amado; es á la Magdalena, esto es, á la pecadora convertida, al pecado convertido en amor por la penitencia. El Salvador lo había dicho antes: *Hay más gozo en el cielo por un pecador*

<sup>1</sup> JOANN., XX, 15: «Existimans quia hortulanus esset dicit ei: Domine, si sustulisti eum, dicitio mihi ubi posuisti eum, et ego eum tollam.»

<sup>2</sup> Id., XX, 17: «Dicit ei Jesus: Noli me tangere, nondum enim ascendi ad Patrem meum; vade autem ad fratres meos et dic eis: Ascendo ad Patrem meum et Patrem vestrum, Deum meum et Deum vestrum.»

que se convierte, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse. Y era ciertamente sublime traducción de estas palabras el privilegio concedido á Maria Magdalena de ser la primera que viera al Hijo de Dios resucitado del sepulcro, vencedor del demonio, del pecado, del mundo, de la muerte, y de obtener primero que nadie, con esa visión la certidumbre y el consuelo de la salud eterna de los hombres. ¡Qué grande sería el amor que mereció la gloria de esta aparición, y con qué sentimiento sería acogida esta recompensa del amor! Es un abismo al que no puede llegar el estilo del hombre, como no puede tampoco su corazón. Yo lo comprendo á medias, lo entreveo, lo adoro y, si no puedo más, á lo menos me detengo siempre con una reflexión que me entenece sobre esta palabra del Evangelio: *se apareció primero á Maria Magdalena*. En la frente de esta ilustre y bienaventurada mujer hay una estrella que no se eclipsa nunca y que hasta el fin de los siglos alumbrará á cuantos estudien, con la ilustración de Dios, el misterio de su comercio con nosotros<sup>1</sup>.

Al dejar Jesús á la Magdalena, le había dado un encargo que ella cumplió sin tardanza con los apóstoles: —«He visto al Señor, y me ha dicho esto»<sup>2</sup>. Mas ellos no la creyeron, sino al contrario, juzgaron que deliraba, y tampoco cambió su incredulidad al regreso de las otras mujeres<sup>3</sup>, por más que afirmaban igualmente que habian visto al Maestro resucitado. Conforme entraban en la ciudad, se encontraron con Juana de Cusa y otras varias que volvían igualmente del sepulcro, donde habian visto á los ángeles y oído las mismas palabras que sus compañeras:

<sup>1</sup> LACORDAIRE: *Sainte Madeleine*, c. V.

<sup>2</sup> JOANN., XX, 48. «Venit Maria Magdalene annuntians discipulis: quia vidi Dominum et hec dixit mihi.»

<sup>3</sup> MARC., XVI, 11.—LUC., XXIV, 9-11.

—«¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? No está aquí: ha resucitado. Recordad lo que os dijo en Galilea. Es menester que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de los pecadores, que sea crucificado y que resucite al tercero día<sup>4</sup>.»

Recordando estas palabras proféticas<sup>5</sup>, se hallaban transportadas de admiración y alegría. Todas juntas venían á contar su visión á los discípulos, cuando se les presentó Jesús en el camino:

—«Yo os saludo»<sup>6</sup>,—les dijo con voz dulcísima. Y ya se habian echado á sus pies, abrazándolos y besándolos.

—«No temáis, añadió Jesús, id á decir á mis hermanos que acudan á Galilea: allí me verán<sup>7</sup>.»

De este modo se multiplicaban los avisos sin penetrar en el espíritu de los Apóstoles, más obstinados en su desánimo que los Sanhedritas en su ilusiones. Con efecto, éstos no se habian resistido á creer la relación de algunos soldados<sup>8</sup>, que fueron á excusarse con los Príncipes de los sacerdotes. En seguida convocaron á los Ancianos y tuvieron consejo. El relato de los guardias era concluyente, preciso y destinado á producir entre el pueblo efectos aún más enojosos: la resolución estaba indicada, puesto que no querían inclinar la cabeza ante la divinidad del Nazareno. Dieron dinero á los soldados, *mucho dinero*<sup>9</sup>, con esta recomendación: «Decid que han venido de no-

<sup>4</sup> LUC., XXIV, 57: «Quid queritis viventem cum mortuis? Non est hic, sed surrexit; recordamini qualiter locutus est vobis, quum adhuc in Galilea esset, dicens: quia oportet Filium hominis tradi in manus hominum peccatorum et crucifigi et tertia die resurgere.»

<sup>5</sup> Id., XXIV, 8: «Et recordate sunt verbum ejus.»

<sup>6</sup> MATTH., XXVIII, 9: «Et ecce Jesus occurrit illis dicens: Ave!»

<sup>7</sup> Id., *ibid.*: «Illi autem accesserunt et tenuerunt pedes ejus et adoraverunt eum. Tunc ait illis Jesus: Nolite timere; ite, nunciate fratribus meis, ut eant in Galileam: ibi me videbunt.»

<sup>8</sup> Id., XXVIII, 11: «Quidam de militibus.»

<sup>9</sup> Id., XXVIII, 12: «Pecuniam copiosam.»

che sus discípulos, y que se han llevado el cuerpo mientras dormíais. Si esto llega á noticia del Procurador, nosotros le aplacaremos y haremos que no os pase nada malo<sup>1</sup>.

«¡Oh prudencia dormida, que toma por testigo al sueño!—exclama San Remigio. Si dormían los guardias, ¿qué podían ver? Si no vieron nada, ¿de qué dan testimonio? Y si vieron á los robadores del cuerpo, ¿por qué no les prendieron<sup>2</sup>?»

Mas los Sanhedritas no se apuraron por tan poca cosa. Asegurados de los guardias corrompidos, no se cuidaban de lo demás, y se dieron prisa de extender la mentira entre los Judíos, á quienes debía agradar. Cuando San Mateo escribía su Evangelio, que fué hacia el año 41, aún corría en boga la versión del Sanhedrin<sup>3</sup>, y, lo que no causará maravilla á los espíritus reflexivos, ha durado siglos y siglos, acogida siempre por los Judíos con igual credulidad<sup>4</sup>. Lo que Pilatos pensó se encargó Tertuliano de enseñárnoslo, afirmando que *tenia alma cristiana* cuando escribió su relación para el César<sup>5</sup>. No pensó en perseguir á los guardias del sepulcro: otra cosa más importante le ocupaba, y recogía sin duda con inquieta atención el relato de las múltiples apariciones con que el Nazareno probaba su resurrección.

Mientras los Apóstoles dudaban y los Sanhedritas forjaban sus mentiras, y el Procurador meditaba su *acta*, se pasaba el día, y al hacerse de noche dos hombres que ha-

<sup>1</sup> MATTH., XXVIII, 11-15.—Es evidente que los Sanhedritas temían atraer sobre sí la colera que aparentaban temer por sus emisarios.

<sup>2</sup> Apud LANDULPH., *loc. cit.*—Cf. S. AGUSTIN.: *In psalm.*, LXIII.

<sup>3</sup> MATTH., XXVIII, 15: «Et divulgatum est verbum istud apud Judæos usque in hodiernum diem».—Cf. S. JUSTIN.: *Dialog. cum Tryphone*, p. 335.

<sup>4</sup> V. el Toldos Jeschu, p. 19-20 (*Tela ignea Satanae*, t. II).

<sup>5</sup> *Apologet.*, c. XXI.—Cf. S. CHRYSOSTOM.: *Homil. VIII, in Pasch.*

bían sido discípulos del Crucificado, bajaban de Jerusalén hacia Emmaus, pequeña localidad que distaba sesenta estadios<sup>1</sup>. La tradición les llama Simón y Cleophas<sup>2</sup>, bastante conocidos, al parecer, de los contemporáneos de San Lúcas, que no creyó necesario nombrarles<sup>3</sup>. Caminando como iban, hablaban de los sucesos acaecidos en los últimos días, y se comunicaban sus impresiones muy desanimados.

De repente vino por una senda un hombre, y se les juntó muy familiarmente, sin que le conocieran, porque un poder superior les cerraba los ojos<sup>4</sup>.

—«¿De qué vais hablando (les preguntó), y por qué estáis tristes?»

—«¿Tan peregrino eres en Jerusalén (respondió Cleophas), que no sabes lo que ha pasado estos días?»

—«¿Qué cosa?—preguntó el desconocido.»

—«Pues lo de Jesús de Nazareth, que fué un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo. Le entregaron nuestros sacerdotes y príncipes, fué condenado á muerte y crucificado. Nosotros esperábamos que sería el Redentor de Israel, y estamos ya en el tercero día que han pasado esas cosas. Verdad es que unas mujeres de los nuestros han ido á su sepulcro á la hora del alba, no han encontrado su cuerpo y se han vuelto diciendo además que han visto visiones de ángeles que

<sup>1</sup> Acerca de la situación del Emmaus de San Lucas se han suscitado recientemente controversias demasiado vivas entre los sabios. Sepp está por Kolonieh; Liévin designa á Kubeibeh; Guillermon prefiere á Nicópolis, y ésta parece la opinión más probable. No nos conviene entrar en esta cuestión, y menos resolverla.

<sup>2</sup> ORIGEN.: *in Joann.*, I, 17.—CYBILL ALEXANDER., *in hunc loc.*

<sup>3</sup> LUC., XXIV, 13: «Et ecce duo ex illis ibant ipsa die in castellum quod erat in spatio stadiorum sexaginta ab Jerusalem, nomine Emmaus».

<sup>4</sup> *Id.*, XXIV, 15-16: «Ipse Jesus appropinquans ibat cum illis: oculi autem illorum tenebantur, ne eum agnoscerent.»

afirman que ha resucitado: algunos discípulos han ido entonces al sepulcro y lo han encontrado todo conforme habían dicho las mujeres; pero á él no le han encontrado <sup>1</sup>.

Aquel hombre exclamó con voz como dolorosa y de indignación:

— « ¡Espíritus obtusos y corazones rebeldes para creer en las palabras de los profetas! ¿No convenia que Cristo padeciera y así entrara en su gloria? »

Y comenzando por Moisés recorrió la serie de las profecías, interpretando los pasajes de la Escritura en que se trataba del Mesías. El encanto de su conversación hizo más corto el camino; los discípulos llegaban al término de su viaje; él dió á entender que pasaba más lejos, pero ellos se esforzaron por retenerlo, diciendo:

— « Señor, quedáos con nosotros, que se hace tarde y va á terminar el día. »

Dejóse él persuadir á quedarse con ellos, y se sentaron á la mesa para comer. Mientras estaban comiendo, tomó pan y lo bendijo, lo partió y se les daba.... ¡Era el Señor! Se les abrieron los ojos y lo conocieron: pero ya se les había desaparecido.

— « ¿No es verdad (se decía el uno al otro) que nuestro corazón ardía dentro de nuestro pecho mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras <sup>2</sup>? »

Y luego al punto se volvieron camino de Jerusalén para presentarse á los Apóstoles y á los que estaban con ellos.

<sup>1</sup> Luc., XXIV, 17-25. — De este pasaje debe inferirse que Pedro y Juan dudaban como los demás (pues los discípulos de Emmaus no aluden siquiera á su convicción), ó que ellos no habían sido más aturdidos que las mujeres en persuadir á sus amigos. Esta segunda explicación es evidentemente la mejor, por ser la única que se aviene con las palabras de San Juan (XX, 8): « Vidit et credidit. »

<sup>2</sup> Io., XXIV, 32: « Nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via et aperiret nobis Scripturas? »

Aun antes de que abrieran la boca, fueron recibidos con esta exclamación:

— « ¡El Señor ha resucitado verdaderamente y se ha aparecido á Simón! »

Á lo cual ellos respondieron contando lo que les había pasado durante el viaje, y cómo habían conocido al Maestro en la fracción del pan. ¡Escena doblemente instructiva! Los Apóstoles se han rendido á la palabra de Pedro, único de ellos que había visto á Cristo resucitado <sup>1</sup>: los discípulos han sentido transformadas sus almas al recibir el pan consagrado. De este modo el vicario de Cristo era desde el primer día la columna de la verdad <sup>2</sup>, y la consagración del pan era el signo por el cual se reconocía la presencia de Cristo en medio de sus fieles <sup>3</sup>.

Hablando estaban aún Simón y Cleophas, cuando de improviso se presentó Jesús, y dijo:

— « La paz sea con vosotros. » Y como se quedaron aturdidos y temblorosos, añadió: « Soy yo, no temáis. »

Pero se les aumentaba la emoción y el temor en vez de quitárseles, porque se figuraban que veían una fantasma.

— « ¿Por qué teméis (repitió Jesús), y qué pensamientos agitan vuestro corazón? Ved mis manos y mis piés: soy yo. Tocadme y miradme: una fantasma no tiene carne y huesos, como veis que yo los tengo. »

Y diciendo y haciendo, les presentaba sus manos y sus piés; y con todo no lograba disiparles las dudas: ¡tan admirados y absortos les tenía la alegría!

— « ¿Tenéis por aquí algo que comer? » — dijo por fin el Maestro. Inmediatamente le presentaron un resto de pes-

<sup>1</sup> Luc., XXIV, 31: « Surrexit Dominus vere et apparuit Simoni. »

<sup>2</sup> I Tim., III, 15: « Columna et firmamentum veritatis. »

<sup>3</sup> Luc., XXIV, 35: « Cognoverunt eum in fractione panis. »

cado asado y un panal de miel, y comió y les dió á comer, como acostumbraba. Después habló, y dijo :

—«Cuando estaba con vosotros, os hice conocer la necesidad que tenía de cumplir lo que está escrito en Moisés, los Profetas y los Salmos : Que Cristo debe sufrir y resucitar al tercero día <sup>1</sup>».

Después les echó en cara su incredulidad <sup>2</sup>, explicándoles las Escrituras, de suerte que comprendieran bien su sentido <sup>3</sup>. Á medida que él hablaba, sus almas se iluminaban y dilataban, como les había sucedido á los discípulos de Emmaus, y el gozo les inundaba como había inundado á aquéllos <sup>4</sup>.

—«La paz sea con vosotros. Como mi Padre me envió, así yo os envío.»

Después alentó suavemente sobre sus rostros, diciendo:

—«Recibid el Espíritu Santo. Á quienes perdonareis los pecados, les son perdonados; á quien se los retuviereis, les son retenidos <sup>5</sup>.»

De este modo fué instituido el Sacramento de la Penitencia, según lo enseña formalmente el santo concilio de Trento <sup>6</sup>, apoyado en toda la tradición.

<sup>1</sup> LUC., XXIV, 36-46. — Nuestro Señor insiste muchas veces en este día sobre la necesidad de que el Cristo padeciera y resucitara, según los Profetas (LUC., XXIV, 7). Evidentemente procura disipar el escándalo de la cruz, haciendo ver la libre voluntad con que había aceptado el suplicio y asegurado su resurrección (Cf. MATH., XVI y XVII, 21 ; — MARC., IX, 30 ; — LUC., IX, 22).

<sup>2</sup> MARC., XVI, 44: «Exprobravit incredulitatem eorum et duritiam cordis, quia his qui viderant eum resurrexisse non crediderunt.»

<sup>3</sup> LUC., XXIV, 45: «Tunc aperuit illis sensum, ut intelligerent Scripturas.»

<sup>4</sup> JOANN., XX, 20: «Gavisí sunt ergo discipuli, viso Domino.»

<sup>5</sup> Id., XX, 21-23: «Pax vobis! Sicut misit me pater, et ego mitto vos. Hinc cum dixisset, insuflavit et dixit eis: Accipite Spiritum Sanctum. Quorum remisistis peccata, remittuntur eis; et quorum retinueritis, retenta sunt.»

<sup>6</sup> Sess. XIV, cap. 1 et can. 3.

«Jamás se había conferido á los hombres autoridad tan alta <sup>1</sup>; es verdad, pero tampoco la Sabiduría divina se había manifestado jamás con oportunidad más evidente. Este poder de perdonar los pecados no pertenecía más que á Dios, y el comunicarlo era en cierto modo divinizar á los que recibían participación de él; quedaban á su disposición en lo sucesivo los bienes eternos, el derecho de abrir y cerrar las puertas de la Iglesia y del cielo. Y ¿no era esta la hora de comunicar este poder? Las almas se inflamaban ya por irse con el Mesías, protestando arrepentimiento, como el Centurión, como Longinos, como esos sacerdotes, cuyo ingreso en el redil del Buen Pastor, no tardarán en consignarlo las *Actas de los Apóstoles* <sup>2</sup>. ¿Pues quién les dará seguridad del perdón? ¿Quién decidirá su admisión en la nueva sociedad? El Maestro se formaba representantes y colaboradores á través de los tiempos y las distancias; mediante ellos estará él en el mundo siempre y en todas partes, repitiendo la palabra que dijo al paralítico: «Hijo, ten confianza: tus pecados te son perdonados <sup>3</sup>.»

Entretanto, uno de los Apóstoles no había visto á Jesús. ¿Dónde estaba entonces Tomás, el discípulo ardoroso, que antes había exclamado: «Vamos y muramos con Él», y que parece debía ser uno de los primeros en ver al Señor resucitado? El Evangelio no lo dice. La precisión con que San Lucas nos refiere el regreso de los discípulos de Emmaus hacia los once, que encontraron reunidos <sup>4</sup> en el Cenáculo nos fuerza á creer que Tomás estaba presente durante la relación de Cleophas y Simón. Se había, pues, salido sin esperar el fin. Mas ¿por qué?

<sup>1</sup> FOUARD, t. II, p. 420. — LE CAMUS, t. III, p. 403.

<sup>2</sup> ACT., VI, 7: «Multa etiam turba sacerdotum obedebat fidei.»

<sup>3</sup> MATH., IX, 2: «Confide, filii, remittuntur tibi peccata tua.»

<sup>4</sup> LUC., XXIV, 33: «Invenerunt congregatos undecim.»

¿Esperaría encontrar así al Maestro en el camino? ¿Haría más bien sentido un movimiento contra lo que le parecieran ilusiones que renovaban su dolor, y querría agravar la prueba? Fuera por lo que fuera, no estaba allí en el momento que Jesús se dió á ver á sus Apóstoles y, cuando éstos le dijeron: «Hemos visto al Señor», les respondió bruscamente: «Como yo no vea en sus manos los agujeros de los clavos..., é introduzca mi mano en la llaga de su costado, no lo creeré<sup>1</sup>.»

«La forma de esta respuesta y las tres condiciones que exigía para creer, muestran claramente lo resuelta y deliberada que era su incredulidad. No sólo quería ver, exigía además tocar las señales distintivas del Crucificado. Se comprende que el cuadro horroroso del Calvario había quedado vivo en la imaginación del discípulo, siempre amante aunque incrédulo, y tanto más desanimado cuanto más amante era<sup>2</sup>.»

Pues ocho días más tarde estaban juntos todos los discípulos; entró Jesús sin abrir las puertas y se quedó de pie en medio de ellos.

—«La paz sea con vosotros», les dijo, y enseguida, volviéndose hacia Tomás: «Mete el dedo aquí y reconoce mis manos; introduce la mano en mi costado, y no seas incrédulo sino fiel».

Y el Apóstol se prosternó á los pies del Maestro y decía temblando: «¡Oh Señor mío y Dios mío!», dando así más de lo que se le pedía; pues no sólo daba testimonio á la humanidad, sino también á la divinidad del Salvador.

<sup>1</sup> S. GREGORIO (*Homil. XXVI, in Evang.*) ve en este incidente una disposición divina: «Non hoc casu, sed divina dispensatione gestum est.»

<sup>2</sup> JOANN., XX, 25: «Dixerunt ergo ei alii discipuli: Vidimus Dominum. Ille autem dixit eis: Nisi videro in manibus ejus fixuram clavorum... et mittam manum meam in latus ejus, non credam!»

<sup>3</sup> LE CAMUS: *Vie de Notre Seigneur*, t. III, p. 406.

—«Has creído, repuso Jesús, porque has visto. Bienaventurados los que creen sin ver<sup>1</sup>.»

Estos que Cristo llamaba bienaventurados iban á contarse bien pronto por millones: desde uno al otro cabo del mundo voces innumerables iban á repetir la palabra del ángel: Ha resucitado como lo había dicho: *Ressurrexit sicut dicit*, sin haber tenido la dicha de ver con sus ojos y tocar con sus manos<sup>2</sup> á aquél que aclamaban vencedor de la muerte. Y andando los siglos, estos testimonios cada vez más numerosos y entusiastas, debían acreditar hasta entre nosotros el triunfo del *Cordero inmolado por la salud del mundo*<sup>3</sup>. Los individuos y las generaciones, las dinastías y los pueblos, tenían que pasar hundiéndose en una ruina de que no se levantarán; pero Él, de pie desde entonces sobre la piedra del Sepulcro, cual pedestal, tenía que verlos cambiar y desaparecer sin cambiarse Él y sin temor de envejecer<sup>4</sup>. Él es el rey inmortal de los siglos<sup>5</sup>, el dominador á quien todo obedece, el vencedor á quien todo cede<sup>6</sup>, el principio y el fin de todo lo que existe, el que es, era y ha de venir, no ya con la humildad propia del hombre, sino con el esplendor de que se reviste el *Todopoderoso*<sup>7</sup>.

No podríamos dar fin á este capítulo, sin preguntarnos

<sup>1</sup> JOANN., XX, 27-29: «Deinde dixit Thomas: Infer digitum tuum huc et vide manus meas, et affer manum tuam et mitte in latus meum, et noli esse incredulus, sed fidelis, etc.»

<sup>2</sup> I JOANN., 1, 1: «Quod vidimus oculis nostris... et manus nostræ contractaverunt, etc.»

<sup>3</sup> APOCAL., V, 6, 8 y 12.

<sup>4</sup> PSALM. CL, 27: «Ipsi peribunt, tu autem permanes... Sicut operitorium mutabis eos: tu autem ipse es et anni tui non deficient.»

<sup>5</sup> TIM., 1, 17: «Regi sæculorum immortalis.»

<sup>6</sup> SIXTO-QUINTO: «Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat» (Inscripción del obelisco del Vaticano).

<sup>7</sup> APOC., 1, 8: «Ego sum... principium et finis, dicit Dominus Deus, qui est, et qui erat, et qui venturus est, Omnipotens.»

cómo ha sido posible que el Evangelio no diga nada de haberse aparecido Jesús á su divina Madre. No se puede pensar que fuera olvido, ni tampoco que el más perfecto de todos los hijos, no pensara, desde luego, en la más perfecta de las madres. San Agustín responde que el Evangelio no dice nada inútil, y que habría sido cosa superflua consignar que se apareció á la Santísima Virgen <sup>1</sup>. Así, toda la tradición está unánime en profesar que la preferencia concedida á la Magdalena la coloca en primera línea, solamente detrás de María, á quien le pertenecían, por decirlo así, las primicias de la Resurrección <sup>2</sup>. Indudablemente el Evangelio hubiese podido contárnoslo en algunas pocas palabras, como cuenta otras tantas cosas tiernas ó graves; pero, ¿habría quedado satisfecha nuestra piadosa curiosidad? Para pintar ese cuadro se habría necesitado, más que un hombre inspirado, más que un ángel, más que la misma Virgen. Respetemos el secreto, y cantemos con la Iglesia: «¡Reina del cielo, regocíjate! El que mereciste llevar en tu seno ha resucitado, como lo había predicho. Ruega por nosotros á tu Hijo, que es nuestro Dios! *Alleluia*» <sup>3</sup>.

Eso hacían los ángeles en el momento que el Salvador, resucitado, enjugaba las lágrimas de su Madre, anunciándole el comienzo del reino eterno, cuya gloria y cuya dicha había de compartir con Él.

<sup>1</sup> «Nihil in ea (narratione Evangelistae) imprudens, vel inane, vel superfluum reperitur... Quisnam tale scriptum superfluum diceret?»

<sup>2</sup> LANDULFO: *Vita Christi*, II, p., c. LXX, 6: «Dignum namque erat ut matrem præ cæteris visitaret et resurrectione sua prius lætificaret.»

<sup>3</sup> *Antífona del tiempo pascual*: «Regina coeli lætare, etc.»—Landulfo observa con razón que la Iglesia consagra la tradición de que hemos hablado, estableciendo en Santa María la Mayor la estación del día de la Resurrección. El propio autor alude á una *Legenda de Resurrectione Domini*, estimada en su tiempo, que refiere esta primera aparición de Jesús á su Madre.—Cf. S. AMBROSIO, S. AGUSTÍN, etc.

## CAPÍTULO IV

## LAS APARICIONES EN GALILEA.

Nuntiate fratribus meis ut eant in Galileam: ibi me videbunt.

MATTH., XXVIII, 10.

Visus est (Christus) plusquam quingentis fratribus simul, ex quibus multi manent usque adhuc, quidam autem dormierunt.

I COR., XV, 6.

Cuando la noche del Jueves Santo se encaminaba Jesús á Gethsemani conversando con sus Apóstoles acerca de los sucesos próximos á realizarse, les decía :

«Todos vosotros padeceréis escándalo esta noche por causa mía; porque está escrito: «Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas.» Pero después de mi resurrección «iré delante de vosotros á la Galilea» <sup>1</sup>.

Quizá no se fijaron ellos en esta advertencia, secundaria al parecer, y que se les pasaba por alto en la predicción general de los padecimientos del Maestro y del abandono en que le dejarían, pensamientos tristes que les preocupaban vivamente, y á los que Pedro contesta con esta protesta : «Aun cuando todos los demás se escandalicen por ti, yo jamás» <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> MATTH., XXVI, 31-32: Omnes vos scandalum patiemini in me ista nocte. Scriptum est enim: «Percutiam pastorem et dispergentur oves gre-gis. Postquam autem resurrexero, præcedam vos in Galileam.»

<sup>2</sup> *Id.*, XXVI, 33: «Esi omnes scandalizati fuerint in te, ego nunquam scandalizabor.»